

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

Continúa la suscripción de donativos voluntarios abierta en esta Diócesis á favor de la Santa Sede.

Reales Mrs.

SUMA ANTERIOR . . . 353.265 28.

| | |
|---|-----|
| Suscripción del clero, del arciprestazgo de Tábara, correspondiente al primer cuatrimestre del año actual. | 272 |
| D. Tomás Garcia de Goy, arcipreste de Valduerna y párroco de Fresno, por la suscripción del primer cuatrimestre del año actual. | 24 |
| D. José Anta, párroco de Villalis, en dicho arciprestazgo, por id. | 24 |
| D. Manuel Fernandez, id. de Posada y la Torre en id, por id. | 24 |
| D. Pablo Gonzalez, id. de Viñambres, en id. por id. | 24 |
| D. Juan Manuel Andrade, id. de Rivas, en id. por id. | 24 |
| D. Francisco Fernandez, id. de Herreros, en id. por id. | 24 |
| D. Hermenegildo Martinez, id. de Quintanilla de Florez, en id. por id. | 24 |
| D. Vicente Alonso, id. de Tabuyo, en id, por id. | 24 |
| D. Vicente Cotado, id. de Priaranza, en id. por id. | 24 |
| D. Francisco Alvarez, id. de Torneros, en id. por id. | 16 |
| D. Celedonio Rodriguez, id. de Tejados, en id. por id. | 16 |
| D. Agustin Alonso, coadjutor del Valle, en id. por id. | 20 |
| Del cepillo de Viñambres, segunda vez, | 7 |
| Del de Jimenez. | 12 |

| | |
|---|----|
| Del de Quintanilla. | 2 |
| D. Lucás Gonzalez, sobrino del párroco de Gimenez. | 4 |
| D. Juan Antonio Quiroga, coadjutor de San Pedro de Ponfer- rada. | 20 |
| D. Santiago Vicente Fiz, presbitero de Villanazar. | 12 |
| D. Felix Polanco, economo de Peñalba. | 10 |

SUMA. . . 353.872 28.

(Se continuará)

Astorga 6 de Mayo de 1867.—Dr. Joaquin Palacio, Secretario.

ALBAS, SABANILLAS DE ALTARES Y CORPORALES.

El que suscribe, nuevo Director de la Casa-Hospicio de esta ciudad, deseoso de proporcionar ocupacion y trabajo, fomentando por este medio la industria y educacion de las muchas niñas acogidas en el establecimiento, se apresura á ponerlo en conocimiento del clero parroquial, para que hagan los pedidos que necesiten de los referidos articulos, y demas accesorios, como amitos, cintas, fiadores..., seguros de que los podrán obtener en dicho establecimiento con las economias que sean posibles. No se pretende hacer lu-
cros por este medio, sino dar trabajo y ocupacion á las diferentes secciones de niñas y jóvenes, cuya educacion y labores dirigen con laudable celo las Hermanas de la Caridad.

Al hacer los pedidos cuidarán los interesados de detallar la calidad del lienzo, encajes, puntillas, cintas de amitos y demás que se les ofrezca, como trabajos y labores mas esmerados para poderles servir con el deseado acier-
to. Astorga 7 de mayo de 1867.—Miguel San Roman.

GARTA É INSTRUCCIONES
de San Alfonso Maria de Ligorio.

(Continuacion).

20. Hablando ahora de otros piadosos operarios no debe pasarse por alto el caso del P. Taulero de la orden de Santo Domingo, quien al princi-
pio predicaba de un modo muy elevado; pero habiéndose dedicado á una

vida mas perfecta, sujetándose á los consejos de un mendigo que le envió Dios para director, dejó de predicar durante algunos años, pasados los cuales habiéndose mandado su mencionado director emprender otra vez esta carrera, cambió totalmente su estilo de sublime en popular, y se refiere que en el primer sermón fué tal la compuncion del pueblo, que muchas personas cayeron desmayadas en el templo. El P. Avila se espresaba de un modo tan vulgar en sus pláticas, que muchos le tenían por ignorante, de modo que una vez cierto literato bastante depravado, sabiendo que predicaba dicho P. M. dijo á sus compañeros: Vamos á oír este imbécil. Pero la gracia de Dios le tocó en aquel sermón, haciéndole mudar de conducta, Oigamos cual era el parecer de este siervo de Dios. Refiérenos el autor de la vida que decia (*lib. 1. c. 6.*): Si el predicador no cumple con su ministerio, si pone mas cuidado en deleitar los oídos que en mover la voluntad, si atiende mas bien á las palabras que al fruto: en una palabra, si con sus delicados conceptos se ensalza mas á sí mismo que á Jesucristo, está en inminente peligro y en una prodigiosa perversidad y traicion. Lo mismo leemos en las vidas del P. Luis Lanuza, del P. Segneri el Joven, y de otros que omito por brevedad.

21. Lo dicho nos manifiesta la cuenta que darán á Dios no solo los oradores que se ensalzan á sí mismos, y no á Jesucristo, sino tambien los superiores que les permiten predicar. Oyendo yo una vez á un jóven de la Congregacion produciéndose en el púlpito de un modo elevado, le hice bajar á medio sermón. Los que así predicán deben tener por cierto que aun cuando no les traten con esta severidad sus superiores, no dejará Dios de castigarlos, porque por su ministerio deben procurar el bien de todos los que les escuchan, desempeñando en el púlpito el cargo de embajadores de Jesucristo, como escribe el Apóstol de todos los sacerdotes: *De lit nobis ministerium reconciliationis... et posuit in nobis verbum reconciliationis. Pro Christo ergo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos* (2. Cor. 5. 18.) Luego el predicador está en la cátedra de la verdad en lugar de Jesucristo, hablando en nombre del mismo á los pecadores de su auditorio, para que vuelvan á la gracia de Dios. Si el rey, dice en una carta el P. M. Avila, enviase un vasallo á ofrecer su real mano á una doncella ¿no seria un traidor el legado casándose con ella? Lo propio sucede, prosigue dicho autor, con el predicador que corriendo tras una fútil gloria, hace inútil la divina palabra, adulterándola de modo que no fructifique. Por esto S. Juan Crisóstomo, al orador vano en sus sermones, le llama: *Miser et infelix proditor* (*Hom. 33. ad Pop.*)

22. Con adornos de conceptos sublimes y de frases escogidas tan distantes de la sencillez evangélica, se adultera la divina palabra, de lo cual se guardaba muy bien el Apóstol, como escribe á los de Corinto: *Non enim sumus, sicut plurimi adulterantes verbum Dei, sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur.* (2. Cor. 2. 17.) Refiriéndose á este texto dice S. Gregorio: *Adulterari verbum Dei est, ex eo non spiritua-*

les fructus, sed adulteros foetus quærere laudis humanæ. (Mor. l. 2. c. 17.) Los adúlteros no aspiran á tener hijos, antes bien los aborrecen y solo pretenden satisfacer su desarreglado apetito. Lo mismo son los oradores que no predicaban principalmente para ganar almas sino para adquirir nombra-
 día. Teman los tales que Dios no les aparte de sí, como lo amenaza por boca de Jeremías: *Propterea ecce ego ad prophetas, ait Dominus, qui furantur verba mea... projiciam quippe vos.* (Jer. 23, 30 et 33.) ¿Quienes son estos que roban la palabra de Dios? Son los que se sirven de ella para obtener fama de grandes oradores, robando la gloria á Dios para aplicársela á si mismos. S. Francisco de Sales decia, que el orador cargado de hojarasca, esto es, de bellas espresiones y de curiosos conceptos, corre riesgo de ser cortado y echado al fuego como el árbol infructífero del Evangelio; puesto que el Señor dice á sus discípulos y en nombre de estos á todos los sacerdotes, que les ha elegido para que den frutos duraderos. Por esto afirma Cornelio á Lápide (in Luc. 6, 26) hablando de tales oradores, que pecan mortalmente, ya por abusar del divino ministerio para satisfacer su amor propio, ya tambien por impedir con su estilo hinchado y elegante la salvacion que les está confiada de tantas almas, las cuales se convertirian si se les predicase con sencillez apostólica: *Prædicatur, dice Cornelio, qui plausum quærit, non conversionem populi, hic damnabitur, tum quia prædicationis officio ad laudem, non Dei, sed suam abusus est, tum quia salutem tot animarum sibi creditam impedit et avertit.* Lo mismo decia el P. M. Avila como hemos notado arriba, esto es: «Si el orador no cumple con su ministerio, si procura mas bien deleitar el oido que mover la voluntad, si atiende mas á las palabras que al fruto, si por fin, con sus sublimes conceptos se ensalza mas á si mismo que á Jesucristo, está en evidente peligro y en una prodigiosa perversidad y traicion.»

23. Tal vez habrá quien diga: Yo lo que principalmente me propongo es la gloria de Dios. El que se produce con frases sublimes y palabras poco usadas, de modo que no todos le entiendan, impide la gloria de Dios impidiendo la conversion de muchos de sus oyentes, porque, como dice Muratori, el ministro del Evangelio está obligado á mirar individualmente por la salvacion de cada uno de los que le escuchan, ya sea literato, ya sea ignorante, como si fuese el único que le oyese. Si alguno deja de convertirse por no comprender lo que se le dice, tendrá el predicador que dar su cuenta á Dios, como lo declara éste por medio de Ezequiel: *Si dicente me ad impium morte morieris, non annuntiaveris ei... ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* (Ezech. 3, 18.) Este texto bien lo saben todos los predicadores, aunque poco caso hagan de él en la práctica; no pudiendo negarse que lo mismo seria dejar de predicar la palabra de Dios, que predicarla adulterada con un estilo sublime capaz de impedir el provecho que se lograra esponiéndola con sencillez. En el dia del juicio, dice S. Bernardo, los pobres ignorantes se convertirán en fiscales de los predicadores que viviendo de las limosnas de los fieles no se cuidan de remediar sus dolencias espirituales: *Venient, venient ante tribunal viventis,*

ubi erit pauperum accusatio; quorum vivere stipendiis, nec diluere peccata.
(S. Bern. apud Ugon. card. in Luc. 10.)

24. Reflexionemos y persuadámonos que adulterando la palabra de Dios con la estudiada afectacion en el lenguaje, la debilitamos hasta el punto de hacerla inútil no ya para los ignorantes sino aun para los sabios. No soy yo el que sienta esta proposicion sino S. Próspero, ó el autor antiguo que corre bajo su nombre: *Sententiarum vivacitatem sermo cultus ex industria enervat;* (De vita contempl. l. 3. c. 34.) sacándolo de S. Pablo que dijo: *Misit me Christus evangelizare. non in sapientia verbi ut non evacuetur crux Christi.* (1. Cor. 1, 17.) Sobre cuyo texto dice S. Juan Crisóstomo *Alii externe sapientiae operam dabant, ostendit (Apostolus) eam non solum cruci non opem, ferre, sed etiam eam exinanire.* (Hom. 59. in Epist. 1, Cor.) De modo que la sublimidad de los conceptos y afectado estudio en las palabras, impiden y hacen nulo en los sermones el provecho de las almas, esto es, el fruto de la redencion de Jesucristo. Por esto decia S. Agustin: *Non præsumam unquam in sapientia verbi, ne evacuetur crux Christi; sed Scripturarum auctoritate contentus simplicitatis obedire potius studeo, quam tumori.* (Lib. contra Felician. cap. 2.)

25. Declama Sto. Tomás de Villanueva contra aquellos que llevando una mala conducta corren no obstante tras los sermones elegantes: *O stulte!* dice el Santo, *ardet domus tua; et tu expectas compositam orationem?* Este reproche mas bien podria dirigirse á los ministros del Evangelio que hablan á un auditorio en el cual es de presumir habrá muchos que están en pecado, cuyas almas necesitan de rayos y dardos para despertarles de su letargo, traspasándoles no ya con frases académicas, sino con palabras sólidas del corazon, y dictadas por un verdadero deseo de arrancarlas de entre las garras de Luzbel; y esto no obstante nos empeñamos en adormecer á nuestros oyentes con frases limadas y encumbrados períodos. ¿Si tu casa estuviese ardiendo, dice el P. Mansi, no seria una locura acudir al farmacéutico, pidiéndole un poco de agua de rosas para apagar el incendio? Cuando oigo alabar algun orador acostumbrado á predicar con pulido esmero y oigo decir que hace mucho fruto, riome de ello y digo que no es posible. La razon es evidente. Sé que Dios no concurre en tales sermones: *Prædicatio mea,* decia el Apóstol, *non in persuasibus humanæ sapientiae verbis sed in ostensione spiritus et virtutis.* (1. Cor. 2, 4.) ¿De qué sirven nuestras palabras si no las vivifica el espíritu y la virtud de la divina gracia? *Hæc verba Apostoli,* dice Orígenes comentando el citado texto, *quid aliud sibi volunt, quam non satis esse quod dicimus, ut animas moveat hominum, nisi doctori divinitus adsit cælestis gratiæ energia, juxta illud. (in Ps. 67, 13) Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa.* El Señor concurre con el ministro que anuncia su palabra desnuda, sencilla y sin vanidad, dando á su discurso una energia y virtud que conmueva los corazones de sus oyentes. Pero esta virtud no la concede á las palabras afectadas y escogidas. La elegancia y cultura del idioma segun la sabiduría humana, dice S. Pablo, como dejamos ya notado, debilita la fuerza de la palabra divina y hace ilusorio el provecho que de ella podia esperarse.

26. ¡Que cuenta tan terrible darán á Dios al morir los sacerdotes amigos de predicar con vanidad! Sta. Brígida, como se lee en sus revelaciones (*Lib. 6. cap. 35.*) vió el alma de un religioso condenada al infierno por haber predicado de este modo; añadiendo el Señor á la Santa, que por boca de los predicadores vanos no es él quien habla sino el demonio. Conversando un dia con el P. Sparano, de quien he hablado mas arriba, me dijo que cierto sacerdote sumamente elegante en sus sermones, sintiendo en su agonia una grande aridez de espíritu en arrepentirse de sus pecados, casi desconfiaba de su salvacion, cuando el Señor le habló por boca de un Crucifijo puesto á su cabeza, de modo que lo oyeron todos los que estaban presentes, diciéndole: «Te concedo aquel dolor que has escitado en los otros con tus sermones.» Mas terrible aun es el caso que refiere el padre capuchino Cayetano María de Bergamo en su libro titulado: *El hombre apostólico en el púlpito capit. 13. n. 10.*) Dice el autor que á otro capuchino le aconteció lo siguiente: Siendo jóven y aficionado á las bellas letras empezó á predicar con vana elocuencia en la iglesia mayor de Brescia, y repitiendo en ella sus sermones, pasados algunos años, se produjo enteramente con apostólica sencillez. Preguntándosele porqué habia mudado de estilo, contestó: He conocido á un religioso, célebre predicador y amigo mio, que se me parecia mucho en la vanidad de sus discursos, al cual en el artículo de la muerte no fué posible persuadirle que se confesase. Fuí á verle y le hablé con eficacia; pero fijaba en mí la vista sin responderme. Ocurrió al superior llevarle el Santísimo para moverle así á recibir los Sacramentos. Al llegar la santa Eucaristía le dijeron los que allí estaban: Ved á Jesus que viene para perdonarnos. Entonces el enfermo echó á gritar con desesperada voz: *Este es el Dios á cuya santa palabra he hecho traicion.* Los que presenciábamos aquella escena, unos nos pusimos á orar, pidiendo al Señor que se apiadase de aquel infeliz, y otros á persuadir al moribundo que pusiese su confianza en la divina misericordia; pero él levantando mas la voz, volvió á esclamar: *Este es aquel Dios á cuya santa palabra he hecho traicion. Ya no hay esperanza para mí.* Proseguimos animándole, y repitió por tercera vez: *Este es aquel Dios á cuya santa palabra he hecho traicion.* Y añadiendo luego: *Por justo juicio de Dios estoy condenado,* espiró. Este hecho, dijo aquel religioso, me ha enmendado y obligado á mudar de estilo en mis sermones.

27. No faltará quien se ria de los casos referidos y de todo lo que digo en esta carta. Pero en el tribunal de Jesucristo nos veremos. Es verdad que no siempre se ha de predicar por el mismo estilo. En una reunion de sacerdotes y de gente ilustrada, prodúzcase el orador con un lenguaje mas culto; pero siempre con un estilo sencillo y familiar, del mismo modo con que se habla en una conversacion con hombres instruidos, sin el adorno de conceptos sublimes y de palabras escogidas. De lo contrario, se sacará menor fruto á proporcion de lo que sea mas florido el lenguaje: *Quod luxuriat, dice San Ambrosio, in flore sermonis, hebetatur in fructu.* (*In Ps. 118.*) La pompa y hojarasca en los sermones los hace infructíferos. Segun S. Agustin, el predicador que trata de deleitar el auditorio con un estilo limado, no es un

apóstol que convierta, sino un declamador que engaña, cuadrando á sus oyentes lo que se dice de los Judios, los cuales oyendo á Jesucristo, admiraban su doctrina sin convertirse: *Mirabantur, et non convertebantur*. Por mas que digan: *Muy bien, se ha explicado perfectamente*, ningun provecho espiritual habrán sacado. Por esto aconseja S. Jerónimo á su Nepociano, se proponga mas bien hacer llorar á los oyentes, que obtener sus alabanzas: *Docente in Ecclesia te, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Auditorum lacrymæ laudes tuæ sint.* (Epist. ad Nepot.) De un modo mas expresivo lo dice S. Francisco de Sales en una carta dirigida á cierto eclesiástico (part. 1. cap. 5.): Al salir del sermón no me gustaria que dijesen: *Este es un aventajado orador: tiene una feliz memoria: es muy erudito: se ha explicado á las mil maravillas*. Quisiera sí que exclamasen: *¡Cuan hermosa é indispensable es la penitencia! ¡Cuan bueno y justo sois vos, Dios mio! ú otras cosas por este estilo, ó que, por decirlo en una palabra, hicieren tal impresion las máximas del predicador, que no hallasen los oyentes otro modo de demostrar cuanto las aprecian, que enmendando sus costumbres.*

28. ¿Y creerá el orador aficionado á las bellezas del lenguaje, obtener el voto universal, por mas que en ello se empeñe? ¿Y cuanto se engaña! Unos le alabarán y otros le censurarán. Este criticará una cosa, aquel otra. En esto consiste la locura de los oradores sagrados, que se predicán mas bien á si mismos que á Jesucristo. Con todos sus esfuerzos para obtener un vano aplauso, nunca consignan los elogios de todo el auditorio. Al contrario, el que predica á Jesus crucificado, nunca yerra en su sermón; pues contenta á Dios, y este debe ser el único fin de todas nuestras acciones. Así pues, generalmente hablando, como dice Muratori, los sermones familiares y sencillos, pueden ser agradables y útiles á los talentos elevados, porque si el orador habla de un modo elegante y encumbrado, el oyente se embelesa en la sublimidad del ingenio, sin atender á su provecho. Al contrario los mismos hombres ilustrados no pueden dejar de alabar á un predicador, que para ser útil á todos, desmenuza la palabra de Dios. No alabarán su talento, pero, sí el fervor con que sin ostentacion de ingenio se propone únicamente el bien de las almas. En esto consiste la verdadera gloria, á la cual debe aspirar el ministro del Evangelio. Los mismos doctos cuando desean sacar fruto de un sermón, quieren que el orador en vez de embelesar sus entendimientos, cure las llagas de su espíritu. Por esto á las pláticas del que se produce de un modo popular, concurren los sabios y los ignorantes porque en ellas halla cada uno el pan que necesita.

29. El enfermo, decia Séneca, no busca un médico que se explique bien, sino que le cure. ¿De qué me sirve, escribe dicho autor, que me entretenga con bellos discursos, si necesito el cauterio y la sierra? *Non querit eger medicum eloquentem, sed sanantem. Quid oblectas? aliud agitur; urendus, secandus sum: ad hæc adhibitus es* (Sen. Epist. 73.) Por esto escribe San Bernardo: *Illius doctoris libenter vocem audio, qui non sibi plausum, sed mihi planctum moveat.* (Serm. 59. in Cant.) Me acuerdo que el recomendable y célebre literato D. Nicolás Capasso, iba á oír diariamente al canónigo



Gizzio, en sus ejercicios espirituales á los religiosos del Espiritu Santo, diciendo que iba á escuchar al siervo de Dios, porque anunciaba la divina palabra de un modo apóstolico y sin adornos; y que si al contrario se hubiere producido dicho orador con afecta elegancia, le habria dado margen para criticarle de tal modo, que para no perder el tiempo, ni siquiera habria asistido á sus sermones. Muchísimo gusta á los mas instruidos, la palabra de Dios clara y sencilla. Dice Muratori en la vida del P. Segneri el jóven, que esté, predicando de un modo humilde y popular gustaba tanto, que se enseñoreaba del corazon de sus oyentes. Por el mismo estilo leo en la vida de san Juan Francisco Regis lo siguiente. «Eran sencillos sus discursos: proponíase solamente instruir el vulgo, y no obstante, era tal la concurrencia de caballeros, eclesiásticos y religiosos de la ciudad de Puy, que dos ó tres horas antes de empezar á predicar, toda la iglesia se llenaba; diciendo públicamente los vecinos de aquella ciudad, que preferian su santa sencillez á la afectada elegancia de los mas aventajados oradores.—*Este es el hombre, decian, que nos predica á Jesucristo y la palabra divina cual es en su esencia. Los otros vienen á ensalzarse á si mismos y en vez de la palabra divina, nos dirigen la suya puramente humana.*» Es digno de admirar lo que luego se añade en el lugar citado. Cierta eclesiástico predicaba la cuaresma en la iglesia mayor de otra ciudad, al mismo tiempo que el santo hacia su mision. Maravillado el tal sacerdote de que la gente le dejase solo, para correr en pos de un ignorante, pues tal le creia comparándolo consigo, se dirigió á su provincial, que á la sazón estaba allí haciendo la visita, y le dijo: El P. Regis efectivamente es un santo; pero su modo de predicar desdice de la dignidad del púlpito, deshoerando el sagrado ministerio con un estilo humilde y con sus ideas triviales. Respondióle el provincial *Antes de condenarle vamos á oirle los dos.* Hizo tal impresion en el provincial el modo con que esplicaba las verdades evangélicas, que durante el sermón no hizo mas que llorar, y al salir de la iglesia, volviéndose á su compañero, le dijo: *¡Ah padre mio! permita Dios que todos los predicadores se produzcan de este modo! dejémosle predicar con su apostólica sencillez. Veo aquí el dedo de Dios.* Aquel mismo orador, añade el autor de la citada vida, se conmovió tan vivamente oyendo aquel sermón, que en vez de criticarlo como se habia propuesto, le tributó los elogios que justamente merecia.

(Se continuará.)

ANUNCIO.

DILUCIDATIONES SELECTARUM

S. SCRIPTURÆ QUESTIONUM.

Auctore R. A. P. F. Martino Wouters.

Ord. Eremit. S. Augustini, in alma Universitate Lovan. Licentiato, et S. S. Litterarum Professore, Nova editio revisa, et apicibus insignita.

Consta de dos tomos en 4.º y rústica que se venden en esta Imprenta á 50 reales.

ASTORGA =1867. Imp. y lib. de D. Antonio Gullon, plaza de la Constitucion, 9.